

éste podría recordarnos "Las fuerzas vivas", con independencia de cualquier juicio comparativo, pero Luis Alcoriza es suficientemente personal como para crear sus propias farsas (o esperpentos) con un toque inmediatamente reconocible.

"Las fuerzas vivas" corre el difícil riesgo de convertirse en una comedia amable, lo que resultaría doblemente peligroso al plantearse Alcoriza una crónica del oportunismo político, de la ignorancia de un pueblo que no entiende qué revolución está haciendo. Amabilidad que surge del tono impuesto por el género bufo elegido para la narración. La maestría de "Las fuerzas vivas" es tal que todo ello se decanta claramente hacia la propuesta de una meditación que se prolonga más allá de la película. Es difícil salir del cine sin recordar con divertimento algún pasaje cómico, pero al tiempo sin plantearse las razones últimas que producen el espectáculo que Alcoriza ha ofrecido entre risas: esos campesinos para los que realmente no ha existido revolución alguna, esos burgueses que cambian de nombre con tal de mantenerse en el poder, esos "revolucionarios" que sólo sienten una pasión abstracta y carecen de la mínima base que les hace reaccionar con inteligencia... Una crónica política que, aunque situada en los años de la revolución mexicana, es de una actualidad estremecedora. Muy importante película. ■

DIEGO GALAN.

"La furia" y "Magic"

Era inevitable que tras el éxito comercial de "Carrie", su director, Brian de Palma, tuviera que plantearse otra película sobre la parapsicología. Sin embargo, lo que también era previsible es que la inteligencia demostrada por este autor (no hay que olvidar sus títulos "Las hermanas", "Obsesión" y, sobre todo, la genial "El fantasma del paraíso") iba a impedirle limitarse a una simple copia de "Carrie". Obligado por un lado a respetar su figura pública (como le ocurre a cualquiera que haya conseguido un éxito parecido), pero por otro interesado realmente por el juego cinematográfico de lo fantástico y el terror, Brian de Palma ha hecho en "La furia" un nuevo avance en su propia trayectoria. Aban-



"La furia", de Brian de Palma.



"Magic", de Richard Attenborough.

donado ya al delirio y con una capacidad imaginativa sorprendente, "La furia" le obliga, no obstante, a una narración tradicional que elimina parte de sus aciertos: de hecho, la primera hora de película no es más que una larga preparación para la última media, donde Brian de Palma se desmelena brillantemente; quizá un poco lo contrario de "Carrie", donde la primera parte de la película superaba a la otra media. Interesado por acabar con brillantez sus productos (como ocurría igualmente con el chiste final de "Carrie", donde la mano de la muerta sujetaba a quien se encontraba frente a su tumba), "La furia" consigue un desenlace que puede entrar de lleno en las antologías del mejor cine fantástico, de terror o como quiera llamarse. Esa media hora justifica plenamente la visión de la película, sobre todo para quienes se interesen por el género.

Lo que no ocurre de ninguna manera con la película dirigida por el actor Richard Attenborough, "Magic". Aquí se pretende aterrar con lo obvio, con lo trillado, con lo previsible. Sólo su coincidencia en las carteleras es-

pañolas la relaciona con "La furia", pero ningún otro aspecto puede vincularla siquiera con el buen cine de terror. A pesar de la excelente interpretación de Anthony Hopkins y a pesar de la pulcritud en la puesta en escena de Attenborough, "Magic" es una película prescindible. Mientras "La furia" es más que aconsejable. Siempre —quede claro— dentro de su género. ■ D. G.

"Themroc"

En 1972, los críticos franceses se quedaron estupefactos ante una película realizada por un no profesional, aunque dentro de una estructura industrial, que venía, como se dice normalmente, a romper moldes. Seis años más tarde, cuando esa película se estrena en España, ya no hay tanto motivo de estupefacción, pero sí puede continuar siendo un film bastante insólito y, sobre todo, divertido. Claude Faraldo, su director, está lleno de pretensiones trascendentales a juzgar por sus declaraciones y por algunos momentos poco afortunados

de la película, pero consigue al menos proponer una historia que asimila muchas otras ofrecidas desde la literatura y el cine en un lenguaje nuevo y con una anécdota sorprendente: el obrero cansado de la monotonía de su vida que decide mandarlo todo a hacer puñetas y construir una cueva con vistas a la calle en su propia casa, que se come un guardia, que se tira a su hermana y que, en definitiva, realiza todo aquello que le ha sido prohibido. Ese obrero (Michel Piccoli) se plantea un nuevo mundo y arrastra consigo a otros vecinos, enardecidos con la propuesta de libertad que ven en él. Aunque hay, naturalmente, utopía y Faraldo se ve obligado a construir una policía más inútil y blanda de lo que es en realidad, y aunque su película está realizada con una torpeza excesiva (que cansa o dificulta una fácil comprensión de algunas secuencias), esa propuesta de libertad (ese grito, dirían los críticos franceses) sigue en pie, estimulando a que cada cual entienda su propia vida con nuevas posibilidades: no en vano la película acaba con abundantes panorámicas sobre casas-colmena, donde viven muchos otros obreros necesitados seguramente de romper su monótona existencia con la misma vitalidad que el protagonista de la película. Ahí, probablemente, residen las excesivas pretensiones de Faraldo, pero esto no importa demasiado. Su película no se estructura en un lenguaje naturalista (las mismas expresiones verbales se producen en un francés inventado, un extraño dialecto que no necesita entenderse para comprender qué se está diciendo en cada momento), y caben, por lo tanto, muchas "licencias": "Themroc" sigue siendo una película insólita y recomendable. ■ D. G.

TEATRO

El prisionero del boulevard Haussman

Presenciando este reciente estreno del teatro Lara, y luego de observar la nerviosa y desacertada promiscuidad con que los escenarios madrileños vienen programando título tras título, se